

El soldado hizo un signo enérgico.

El guía, con la cabeza entre las manos, escuchaba con una atención extraordinaria.

Todo el pasado acababa de aclararse para él.

—¡Oh! sí—murmuró con voz sorda.

—¿Y la tía de Caubous, la has consultado?—preguntó Miguel.

—Tú mismo la verás.

—¿Cuándo?

—En el momento de obrar.

—¿Tendrá lugar la cosa en Caubous?

—Quizá: no sé cuándo ni en dónde, pero hay que estar preparados. Puede ser mañana ó puede ser dentro de ocha días.

El soldado se alegraba.

Aquello era la guerra, y toda guerra le parecía bien.

—Deja obrar á Pedro—dijo.—Cuando se persigue al lobo, ¿se sabe dónde se le va á encontrar?

Y apoyando su mano nerviosa en la de su hermano mayor, dijo:

—No temas nada. Miguel es prudente; pero puedes contar con él como contigo mismo.

Pedro se levantó.

El reloj señalaba la una de la mañana.

—Os dejo. No digais á nadie una palabra de mi venida.

—¿Ni á Victoria?

—Sobre todo á Victoria. Las mujeres tienen nervios... Ya encontrarás motivo

para una ausencia un poco larga... Una enfermedad de la tía, por ejemplo.

—Bien.

—Adiós.

Los cuatro hermanos se abrazaron.

—No sabéis lo contento que estoy de encontrarme aquí—dijo el militar.—Estate tranquilo, que la razón es nuestra.

—¿Te vuelves á Caubous?—preguntó Juan.

—Sí.

Pedro Dantenac extendió la mano en dirección del hotel Mosés, en la avenida de la Pique, diciendo:

—Me creen muerto, y eso les perderá. Si me vieran me tomarían por un fantasma. ¡Adiós!

Y saltando nuevamente por la ventana, se dirigió al arroyo por la pradera, desapareciendo en medio de la noche.

XXIII

Pasión senil.

A la hora en que los Dantenac se reunían en la posada de Gamuza, el hotel Mosés estaba ocupado por el más importante de sus dueños.

El viejo, cediendo á su impaciencia, se habia adelantado al resto de la caravana que se dirigía de París á Luchon.

Caussedé, que no abandonaba á su amigo, por miedo sin duda de que se le esca-

para, estaba con él en Burdeos, de donde debían llegar al día siguiente.

Raquel, acompañada de Elena, que aprovechaba todos los pretextos para separarse de su marido, estaba todavía en Poitiers y viajaba lentamente á causa de su debilidad.

El banquero, solo en la habitación donde un año antes había cometido el crimen cobarde y odioso de mancillar á una pobre niña indefensa, olvidaba todo para no acordarse más que de la infame voluptuosidad que aun saboreaba.

El viejo Mosés se encontraba de pie cuando entró su fiel Próspero.

El barón le dijo con vivacidad juvenil:

—Vamos, pronto, mis vestidos. Y en seguida un carruaje.

—¡Ya!—dijo el ayuda de cámara.

—¿Por qué no?

—¿A dónde quiere ir el señor barón? ¡El señor acaba de llegar!

—Menos palabras. El carruaje en seguida—repitió el banquero.

—¿Para todo el día?

—Para dos ó tres horas.

—El señor barón creo que irá satisfecho. Le guiará un hombre que le es muy adicto.

—¿Arros?

—El mismo.

—¿Y el otro?... Juan Dantenac.

—¿El guia?

—Naturalmente. ¿Qué ha sido de él

—Me olvidaba decirselo al señor barón. ¡Vá á casarse!

—¡Ya!

—Ya, señor barón.

—¿Con quién?

—Con una guapa chica del país.

—¿Es verdad lo que me dices?

—Ya lo creo, señor barón.

El rostro del barón se iluminaba de alegría.

—Entónces—pensó,—todo va bien. El pobrecillo ha tomado su desgracia con paciencia.

Lagrippe se retiró.

El judío se puso á la ventana.

La noticia que acababa de saber le libraba de un peso enorme.

¡Juan Dantenac se casaba! Luego había renunciado á Benedetta. Sin duda la despreciaba y abandonaba... ¡Todo peligro había desaparecido! ¿Qué otra persona podía ocuparse de ella?

Los últimos temores del barón se desvanecieron.

¡Iba á verla! ¡Nadie se la disputaría!

Así se realizaba aquella profecía que había anunciado á la desgraciada en aquella misma habitación.

—¡En adelante, quieras ó no, has de ser mía para siempre!

Lagrippe volvió en seguida, diciendo:

—El carruaje estará aquí al instante.

—Bien.

—Parece que el señor barón se ha rejuvenecido diez años.

—¿Hombre, qué dices?

—El señor barón puede convencerse por sí mismo.

El viejo Mosés se encontraba enfrente del inmenso espejo de la chimenea.

Allí mismo se había visto la noche del crimen, con los cabellos erizados, la faz lívida, con horrible aspecto en una palabra, figurándose que los ojos de la víctima se fijaban en él.

Felizmente, el ruido de los cascabeles vino á distraerle de este triste recuerdo.

Una victoria enganchada le esperaba delante de la verja, en la avenida de la Pique.

—¿El señor barón quiere que le acompañe?—preguntó Próspero.

—Es inútil. Estaré de vuelta á la hora de almorzar.

—El señor barón no olvidará que el barón Jacobo y el señor marqués de Causse-dé deben llegar hoy por la mañana.

—Está bien, que les preparen sus habitaciones.

—Ya se ha hecho.

El barón Mosés bajó alegremente la gran escalera del hotel.

Como había dicho Lagrippe, se sentía rejuvenecido veinte años.

Los pensamientos importunos que le asediaban en Plessis-Mortcerf estaban tan lejos de su espíritu como el mismo castillo.

En aquel encantado país de Luchón, todo le recordaba á la mujer cuyo solo

pensamiento hacía hervir la sangre en sus venas y crispase sus dedos en ardiente deseo.

Se instaló en la victoria, diciendo al cochero:

—¡A Marignac, de prisa!

Para un parroquiano como el barón Mosés, el cochero era Arros en persona.

—El señor barón quedará contento—dijo animando á los caballos.

El carruaje se dirigió por la avenida que conduce al gran establecimiento de baños, y siguió al trote por la carretera de Marignac, donde el mismo Arros había robado un año antes á la desgraciada que el barón iba á volver á ver.

Los caballos volaban en el camino, á la orilla de la Pique, cuyas aguas se precipitan atropelladamente, como si tuvieran prisa de entrar en el Garona.

En seguida llegó la victoria á Guran, donde Benedetta había despedido á su novio en la noche fatal.

Después dejaron atrás los álamos de Gaud.

Arros hubiera preferido dar un rodeo para evitarse un mal recuerdo, el del atentado á que debía su fortuna.

Por último, en una revuelta del camino se distinguió el campanario de Marignac, con su grupo de casas repartidas entre la verdura; en el fondo del sonriente valle por donde corren el Garona y la Pique.

El viejo Mosés se levantó y apoyó su

mano en el hombro del cochero, diciéndole:

—¡Para!

Arros se detuvo.

—¿El señor barón no quiere seguir más?

—No; puedes esperarme aquí.

Bajó del coche y siguió por el camino que conduce á la iglesia, bordeado por dos filas de casitas blancas.

El corazón del viejo enamorado palpitaba al propio tiempo que un extraño temor le oprimía la garganta.

El camino estaba casi desierto.

Los campesinos estaban en sus faenas y era aún muy temprano para los excursionistas.

El viejo Mosés avanzaba deprisa, ansioso de ver á la que buscaba en aquel perdido repliegue de los Pirineos.

Pero le vió un testigo que él no esperaba.

Cuando bajó de su carruaje, una mujer estaba en su puerta.

Era Marieta Soubere.

Acababa de entrar con su hermana en el kiosko de tabaco.

La vista del hombre á quien debía tantas desgracias, produjo en ella la impresión que causan los reptiles venenosos en las personas nerviosas.

Se puso á temblar, y en seguida tomó una determinación.

Entró rápidamente en el pabellón y dijo á Benedetta abrazándola:

—Se me olvidaba una cosa... Voy á Astos y vuelvo en seguida... espérame.

Y saliendo por la puerta de atrás, que cerró con cuidado, se quedó con el oído atento para escuchar lo que pasaba en el kiosko.

Se preguntaba, con verdadera rabia contra el miserable que perseguía á Benedetta en su último refugio:

—¿Qué vendrá á hacer aquí?

¿Qué quería?

Dos minutos después el barón llegó al kiosko, sonriente, encantado de la suerte que tanto le favorecía.

Acababa de distinguir á Benedetta, pensativa, sentada delante del mostrador con la cabeza entre sus manos diáfanas.

Estaba sola.

El barón se adelantó con los brazos tendidos.

Al verle, Benedetta no manifestó ni placer, ni inquietud, ni sorpresa.

Permaneció indiferente y casi insensible.

Pero no le rechazó.

Se dejó abrazar por el barón, que la decía verdaderamente emocionado:

—¡Gracias á Dios que te veo! He venido en cuanto me has avisado. ¿Qué deseas?... Habla.

Ella contestó:

—Quiero marcharme... abandonar este país.

El la miraba con asombro, y al mismo tiempo con admiración.

Nunca le había parecido más encantadora.

—¡Qué hermosa estás!—exclamó.

Ella se encogió de hombros y contestó con una de aquellas sonrisas desoladas que partían el alma:

—¿Le parece á usted?

—¡Eres adorable!

Apoyó los labios en la frente de la joven en un transporte de deseo, y cogiendo una de sus manos la devoró á besos.

—Déjeme usted — dijo Benedetta — y hablemos seriamente... No debe usted estar mucho tiempo aquí, porque pueden venir.

Y añadió con voz ininteligible:

—¡El, quizá!

El barón no vió más que el movimiento de sus labios y no comprendió. Se había sentado en una silla al lado del mostrador.

Conservaba entre las suyas la mano de que se había apoderado.

—Veamos—replicó, poseído por la alegría de encontrar á Benedetta tan dócil y tan sumisa;—explicáte y nome ocultes nada. ¿Qué podría yo rehusarte?

La joven prosiguió lentamente, con la mirada vaga, como perdida en el infinito:

—Le pedí á usted un plazo hace algunos dias, cuando me tenía usted prisionera.

—Un plazo demasiado largo, querida mia.

—Ya no tengo necesidad de él.

—¿Es cierto?...

—Quería volver á mi país... pero comprendo que aquí no puedo vivir.

—Ya te lo había dicho.

Benedetta continuó con el mismo tono indiferente:

—Tengo que pedir á usted un favor.

—¿Cuál?

—Deseo marcharme lo más pronto posible.

—¿Adónde?

La joven se animó ligeramente.

—Donde usted quiera... lejos, muy lejos; á un sitio donde pueda olvidar y huir de mis pensamientos.

—¿Sola?

—No quiero más que abandonar estas montañas... ¡Eso es todo lo que pido!

Y como él no contestaba, tratando de adivinar la causa de su capricho, prosiguió en tono de reproche, como una niña mimosa:

—¡Ya sabía yo que usted no querría!... ¡Y sin embárgo dice que me quiere! ¡Nadie me quiere! ¡Todo se conjura en contra mía!

—¡Qué equivocada estás! Al contrario, estoy encantado de ti... Te obedeceré... Estoy dispuesto... Manda.

—¿Me acompañará usted?

—Con el mayor placer.

—¿Lo dejará usted todo por mí?

—Sin pena ninguna.

—Su familia, sus amigos...

—Todo—dijo el barón.

Se aproximó al estrecho mostrador que les separaba, y á su lado, respirando los perfumes de aquella juventud que le embriagaba, prosiguió:

—¿Tienes confianza en mí?

—Sí.

—¿No te desdecirás de tu palabra?

—No.

—¿Comprendes al fin, que yo soy para tí el mejor de los amigos?

La joven se inclinó.

—Pues bien, vamos á separarnos, podrían oírnos, sorprendernos.

—¿Qué debo hacer?

—Por el pronto te digo que me haces el más feliz de los hombres. Quisiera llevarte tan lejos, que nadie te pudiera encontrar. ¡El porvenir que me confías, sobrepujará á tus más ambiciosos sueños! Pero lo primero es huir de Marignac.

—Eso es lo que quiero.

—¡Sin ruido!

—Sí, en secreto.

—¡Sola conmigo!

—Como usted disponga.

—Entonces, mira lo que has de hacer.

—Ya escucho.

—Esta noche ¿podrás dejar tu casa sin ser vista?

—Eso es muy fácil.

—A las diez te esperará un carruaje...

—¿Dónde?

—Al lado de unos árboles grandes que

hay en el camino, cerca de aquí, al lado de un puentecillo.

—¿Los álamos de Gaud?—dijo Benedetta con un ligero estremecimiento.

—Así creo que los llaman.

—Estaré.

—No tienes necesidad de llevar nada. Que seas exacta. Yo te esperaré...

—¿Y después?

—Ese coche nos conducirá hasta Montrejeau.

—¿Y después?—repitió la joven.

—Después, el mundo será nuestro. Te verás rodeada de alegrías y adulaciones. Llevarás una existencia de reina... ¡Hasta la noche!

—¡Adiós!

—¿Te acuerdas?... A las diez, bajo los grandes árboles.

—Sí—repitió Benedetta con entonación extraña... ¡en los álamos de Gaud!

El barón Mosés salió á la puerta examinando la carretera. No se veía á nadie.

Volvió á Benedetta y la abrazó con amoroso entusiasmo.

—Lo has prometido—dijo.

—Sí.

—¿Vendrás?

Sin falta... ó habré muerto.

—¡Morir, tú! ¡Callate! ¡Aun te quedan muy hermosos años de vida! ¡Hasta la noche!

—¡Hasta la noche!

Benedetta le vió alejarse, y sonriendo pensó:

—Sí, iré, y al menos, ¡no volveré á ver á Juan!

XXIV

Entre hermanas.

Cuando Marieta volvió á entrar en el kiosko, encontró á su hermana con la cabeza apoyada en el mostrador y los ojos medio cerrados, casi en la misma actitud que la había sorprendido el barón Mosés.

Lágrimas amargas caían de sus ojos en sus mejillas pálidas.

La mayor se inclinó sobre ella y la abrazó.

Benedetta se reanimó con aquella caricia.

—Ya ves—dijo Marieta,—no he tardado mucho.

Un momento después, estando Marieta sentada al lado de su hermana, repasando una chambre, vió á Barrousse que se acercaba, llegando de la fragua, negro de humo y chorreando sudor.

A una mirada de inteligencia del herrero, contestó Marieta con otra, y asomándose á la puerta, le dijo en voz baja:

—Ha estado aquí hace un momento.

—Ya lo sé.

—Hay algo de nuevo.

—Bien.

Barrousse entró.

Benedetta estaba siempre en la misma posición.

El herrero la contempló con ojos llenos de ternura y piedad. llenos también de amor, pero de ese amor de abuelo que es quizá el más dulce y más cariñoso de todos los amores.

Apoyando suavemente la mano en su hombro la dijo:

—Qué, ¿no conoces á los amigos?

Benedetta levantó sus magníficos ojos sin responder.

—¡Siempre triste!—prosiguió Barrousse.—¿No llegarás á consolarte?

La joven contestó tan bajo que apenas pudieron oírla:

—No.

Barrousse no insistió.

—Dame un paquetillo de tabaco—dijo.

La joven se lo entregó con sus manos delicadas, y bruscamente estalló en sollozos, diciendo mientras apoyaba su cabeza en el hombro del herrero:

—¡Ay! ¡Barrousse, amigo mio!

—Vamos, consuélate. Es preciso que tengas juicio... ¡Valor, valor!

Y se retiró.

Marieta le acompañó algunos pasos con su labor en la mano.

—¡Ah! el miserable, ¡si le cogiera, le aplastaba entre mis manos!

La joven le dijo rápidamente:

—Espéreme un momento; en seguida voy con usted.

El herrero se retiró tarareando una canción del país; pero interiormente pensaba en lo que le había dicho Marieta: